

El huevo milagroso (y 4). Javier Estévez

jueves, 30 de agosto de 2007

Modificado el miércoles, 31 de diciembre de 2008

El huevo milagroso (y 4)

Relato corto

Por Javier Estévez

No te miento si te aseguro que a d  a de hoy, continúo sin saber cómo pudo urdir, tan velozmente, la trama que desembocó en este impresionante esperpento. Yo hubiese necesitado varios siglos para tejer semejante f bula.

El huevo milagroso (y 4)

Javier Estévez

No te miento si te aseguro que a d  a de hoy, continúo sin saber cómo pudo urdir, tan velozmente, la trama que desembocó en este impresionante esperpento. Yo hubiese necesitado varios siglos para tejer semejante f bula. Ahora pienso que puede ser una cualidad consustancial del nombre Juan porque sólo a    se le pudo ocurrir dar pábulo con semejante extensión a esta infantil patra a, que donde comenzó, tuvo que haber finalizado. Sin embargo, mi t   Juan, lejos de contentarse con lo sucedido, introdujo nuevos ingredientes cultivados, con innata picardía, en su ocurrente imaginación.

Mientras se estiraba suavemente los extremos curvados de su bigote, para dar cierto aire de preocupación y meditación a un tiempo, se dirigió a Marquitos Mendoza con voz grave, accidental y fingida: Marquitos, para saber si estamos ante un complot celestial o, ante uno de los múltiples artificios de los que se vale el demonio para introducirse imperceptiblemente entre nosotros, necesito, ahora más que nunca, tu apreciada colaboración. Creo que esto es más serio de lo que pensamos. Mientras yo regreso con el huevo a la tienda, t  deberás transmitirle a las siguientes personas, la verdadera naturaleza y trascendencia de este enigmático acontecimiento. Será imprescindible que cites, al mediodía en mi comercio, a los siguientes próceres, que afortunadamente caminan hoy en nuestra ciudad: mencionar s al párroco Martín Morales, que aunque haga tan sólo unos meses que la divina providencia lo destin  a estos solares de dios, he observado que detrás de sus gafas de anticuario se batan unos ojos insondables que denuncian una sorprendente sabiduría geológica. Por su responsabilidad ineludible, también deberá asistir D. Fernando Guerra, nuestro ilustre e irreparable alcalde; y, por último, al notario de mandíbula carolingia y seseo soporífero, pues sospecho que sobre las letras y su condición no habrá nadie en esta jurisdicción que alcance su saber. Y por favor, pídeles, ante todo, que sean puntualmente prudentes.

No había terminado de pronunciar la última sílaba de su improvisada alocución, cuando, las cosas inexplicables que sólo suceden en los pueblos disfrazados de ciudad, la noticia del huevo huero se había movido ya con tanta rapidez y efectividad que había llegado hasta la comarca de Las Tirajanas. En la plaza de los  lamos y en su rémora de las Ventas, se creó tal alboroto y bullicio que muchas mujeres pensaron que, inesperadamente, pues de esa forma transcurrían antes los días, era jornada de mercado. Vinieron curiosos hasta de los pueblos meridionales, emplazados a varios días de distancia y la prudencia exigida por Juan murió nada más nacer, pues según supo después, su mujer tuvo que pedir auxilio al regimiento militar

debido al tumulto dilatado y expectante del vecindario que se había instalado frente a su venta.

Una vez reunidos en la tienda,

Juan mostraba el huevo entre sus manos mientras les pedía a los escogidos que por precaución, no lo tocaran. El alcalde observó el huevo con tanta turbación y estupor, que tuvieron que conducirlo entre apuros y vientos inevitables, al excusado. El párroco, que llegó el primero ante la desproporción de la noticia, trató de encontrar, sin éxito, una respuesta decisiva entre los múltiples tratados ecuménicos, catecismos redundantes y sentencias canónicas cuyos veredictos provenían de los más altos y conspicuos tribunales eclesiásticos. Por último, el notario, con una postura que acentuaba su redondez e ingravidez, al hacer coincidir sus manos sobre su trasero, y refiriendo su discurso más a la doble cruz dibujada tardamente que a las letras ovíparas, habló de un francés trasnochado y medieval que gastó gran parte de su vida en pronosticar acontecimientos apocalípticos. Seguramente contó, mientras se ajustaba sus tirantes inverosímiles, este gabacho de apellido impronunciable había previsto la aparición de una Cruz Carmine que anunciaría el fin del mundo. Tras pronunciarse el notario, hubo que acercar una batea inimaginable al regidor municipal ante la recurrente e imprevista disentería.

Ante la irresoluble incógnita en

que se había convertido el huevo premonitorio, mi tío Juan abrió las cuatro puertas de su comercio y dirigiéndose a la multitud, que llenaba no sólo la plaza contigua sino todos los caminos y veredas que por su tienda transitaban, volvió a hacer gala de su pasión por el orden y su estructura, y organizó una fila única que entraría por la puerta de oriente, pasaría frente al huevo expuesto en una cesta inclinada, que hacía de nidal improvisado, y saldría por la puerta opuesta, orientada a occidente, para así evitar aglomeraciones innecesarias y multitudes opresivas.

El único que no participaba del

acontecimiento era el párroco, que seguía nublado tras sus estudios estériles pero extensos, pues mientras él buscaba y rebuscaba, ante el mostrador desfilaron los personajes más simples, los menos frívolos, otros de espanto y aspero e incorregible, y hasta una estirpe imprevista de visionarios testarudos y ministros taciturnos. Una señorita de cofia y delantal que se presentó con una cesta llena de guata, solicitó, de parte de la mujer del notario, el alquiler temporal del huevo para poder analizarlo detenidamente en su casa. Mi tío, terriblemente ofendido, no sólo expulsó de malas maneras a esta inocente remitida, sino que le espetó algo así como: ¡el huevo no es ningún juego, señorita!

También se acercaron multitud de

enfermos transitorios e hipocóndricos crónicos que arrodillados frente al huevo y con las manos apoyadas en el mostrador, solicitaban, entre lágrimas y cánticos incomprensibles, la curación definitiva de sus dolencias refutadas y de sus ensoñaciones argumentadas.

El paroxismo de esta comedia se

alcanzó cuando coincidieron frente al huevo, un grupo de ateos inexpertos que recobraron su fe distraída tras escuchar a la mujer del notario, que empujada por la curiosidad y por el fracaso de su tentativa, jurar por todos sus muertos, que aquella ortografía era, sin equivocación alguna, la de Santa Teresa de Jesús.

Toda esta parodia finalizó cuando

mi abuela Leonardita, a la que inevitablemente había visitado también la noticia, sin reconocer ésta su origen, se presentó con su luto perenne, bajo el quicio de la puerta principal. Dos zancadas, más que pasos largos, le bastaron para acercarse hasta el mostrador, alongarse, coger el huevo con rotundidad y desmoronarlo ante la mirada avergonzada y desmantelada de mi tío.

Tratando de acribillar el silencio

impagable que se instaló en su tienda, Juan comentó a su madre, con inusual vergüenza y mientras introducía los

dedos en un saco de arbejas: Pero no se ponga asÃ- madre. Es una broma como otra cualquiera. O cree usted que me pueden detener o excomulgar por ello. Y mi madre, que nunca fue una mujer culta pero sÃ- certera, le contestÃ³, tras provocar un choque de miradas entre ellos al levantarle sutilmente el mentÃ³n reclinado: No Juan, puedes padecer algo peor: la ignominia, hijo mÃ-o, la ignominia.

Javier EstÃ©vez, agosto de 2007. [Descargar texto completo](#)